

LOS CAFÉS DE BOGOTÁ (1948-1968)

HISTORIA DE UNA SOCIABILIDAD

CAMILO ANDRÉS MONJE PULIDO



Los cafés de Bogotá (1948-1968)

Historia de una sociabilidad

Camilo Andrés Monje Pulido



Colección Textos de Ciencias Humanas

© 2011 Editorial Universidad del Rosario
© 2011 Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario,
Escuela de Ciencias Humanas
© 2011 Camilo Andrés Monje Pulido

ISBN: 978-958-738-183-2

Primera edición: octubre de 2011 Bogotá, D.C.
Coordinación editorial: Editorial Universidad del Rosario
Corrección de estilo: Claudia Ríos
Diagramación: Precolombi EU-David Reyes
Diseño de cubierta: Lucelly Anaconas
Impresión: Javegraf

Editorial Universidad del Rosario
Carrera 7 No. 12B-41, of. 501 Tel: 2970200 Ext. 7724
<http://editorial.urosario.edu.co>

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo
escrito de la Editorial Universidad del Rosario

Fecha de recepción: 29 de octubre de 2010 – Fecha de aprobación: 17 de diciembre de 2010

Monje Pulido, Camilo Andrés
Los cafés de Bogotá (1948-1968) Historia de una sociabilidad / Camilo Andrés Monje
Pulido. —Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2011.
234 p.: ilustraciones, fotos
(Colección Textos de Ciencias Humanas)

ISBN: 978-958-738-183-2

Cafés – Historia – Bogotá (Colombia) – 1948-1968 / Bogotá (Colombia) –
Historia – Periodo de la violencia, 1947-1957 / Insurrección del 9 de abril de 1948
/ Bogotá (Colombia) – Vida social y costumbres / Colombia – Política y gobierno
– Historia – 1948-1968 / I. Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del
Rosario, Escuela de Ciencias Humanas / III. Título / VI. Serie

986.10632 SCDD 20

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

*Para Vivian y Beatriz, con mucho amor...
y para el Chiquitico... siempre*

Contenido

| | |
|---|------|
| Agradecimientos | xiii |
| Introducción | 1 |
| 1. Prohibiciones, vigilancia y control. | |
| Cafés y otros espacios de encuentro | 11 |
| 1.1 El fin de la chicha; el fin de las chicherías | 14 |
| 1.2 La nueva bebida para el pueblo; los nuevos espacios para el pueblo..... | 26 |
| 1.3 En la encrucijada: los cafés de Bogotá luego del 9 de abril | 38 |
| 1.4 Las calles y la cuestión urbana | 82 |
| 1.5 Reapropiación urbana: 1966 y la alcaldía de Virgilio Barco | 107 |
| 2. Sociabilidades en conflicto. Literatura, política y honor | 119 |
| 2.1 Sociabilidades literarias: tertulias de café | 122 |
| 2.2 Hablando de política. Confabulaciones y censura..... | 149 |
| 2.3 En defensa del honor. Del amor y otros conflictos..... | 167 |
| 2.4 “Cada café tenía su destinación y su música, según el marrano era la horqueta” | 202 |
| Epílogo | 205 |
| Bibliografía..... | 211 |
| A. Fuentes primarias | 211 |
| B. Fuentes secundarias..... | 213 |

Planos

| | |
|---|----|
| Plano 1. Los lugares destruidos..... | 24 |
| Plano 2. Concentración de chicherías..... | 25 |
| Plano 3. Los cafés de Bogotá | 69 |

Imágenes

| | |
|--|-----|
| Imagen 1. Publicidad de Bavaria..... | 36 |
| Imagen 2. Antes y después de la higiene. El concurso de las tiendas modelo | 37 |
| Imagen 3. Cerveza popular y nuevas sociabilidades en cafés y cafetines | 38 |
| Imagen 4. Radiola y joven copera. Estridencia de la música popular..... | 54 |
| Imagen 5. Los contertulios, reunidos en las aceras, esperan ansiosos el final de la huelga, y la reapertura del café Colombia, pero sólo si el tinto sigue a 5 centavos..... | 68 |
| Imagen 6. Huelga en el café Colombia. La policía dispersa a los usuarios del espacio público | 82 |
| Imagen 7. La Cigarra. De las puertas del café se contempla la calle, y las tertulias de la calle finalizan en el café..... | 104 |
| Imagen 8. Abajo, un pedazo del aviso del café Centro Social; a la izquierda La Cigarra; al fondo el café Gato Negro; en el medio, la multitud de conversaciones de la Calle Real | 105 |
| Imagen 9. La puerta del cielo y la puerta del infierno | 106 |
| Imagen 10. El lote vacío del antiguo café La Botella de Oro, durante la procesión de Corpus Christi, 1952 | 107 |
| Imagen 11. Parquederos y edificios en el espacio de la futura plazoleta | 111 |

| | |
|---|-----|
| Imagen 12. Ventas itinerantes en la plazoleta del Rosario. | |
| Al fondo el Café Pasaje | 111 |
| Imágenes 13 y 14. Bar del Automático. Años 50 | 112 |
| Imagen 15: La conversación, luego de varias cervezas, ha cambiado de rumbo muchas veces. Sin embargo, lo fundamental sigue estando ahí: la mesa, las sillas, la bebida, y, por supuesto, los amigos | 113 |
| Imagen 16. Con Gardel. Obra de Saturnino Ramírez, 1990 | 147 |
| Imagen 17. Exhibición pictórica y exhibición de intelectuales | 148 |
| Imagen 18. Política en las calles | 166 |
| Imagen 19. El café es refugio de manifestantes. Sirve como escondite y guarida de individuos que huyen del espacio público, de la fuerza pública. Centro de todas las miradas, el estudiante, luego de una manifestación liberal, es privado de la libertad..... | 167 |
| Imagen 20. El juego del cacho en la caricatura de Merino | 201 |
| Imagen 21. La puerta, la silla, las botellas y la cerveza. La tragedia..... | 202 |

Anexo

| | |
|---|-----|
| Cambios y permanencias en La Calle Real (1947-1967) | 114 |
| Aerofotografía. La Calle Real (1947)..... | 115 |
| Aerofotografía. La Calle Real (1951)..... | 116 |
| Aerofotografía: La Calle Real (1956) | 117 |
| Aerofotografía. La Calle Real (1967)..... | 118 |

Gráfico

| | |
|---|----|
| Gráfico 1. Consumo de cerveza (cifras en millones de pesos) | 35 |
|---|----|

Agradecimientos

Quiero agradecer, en primer lugar, al profesor Pablo Rodríguez, por haberme guiado a lo largo de estos años en la búsqueda y la consecución de estas páginas. Sus consejos académicos, para fortuna mía, se transformaron durante el proceso en una amistad sincera.

Quiero agradecer, también, al profesor Hugo Fazio, no solamente por las múltiples oportunidades que me ha brindado, y la confianza que ha depositado en mí, sino por las charlas incontables que hemos celebrado, de acuerdo con nuestra afición compartida. Gracias por el fútbol, profesor.

Quiero agradecer a mis padres, Beatriz Helena y Gustavo, porque sin su ayuda, durante toda la vida, no estaría escribiendo estas palabras. Madre, padre, este trabajo es la expresión más sincera de mi amor, porque es el resultado de su esfuerzo tenaz y de sus desvelos incontables. Aquí, en estas páginas, estamos los tres dialogando calladamente.

Y quiero agradecerle a Vivian, en último término, por haberme regalado el don de su amor. Un amor que nació aquí, en la universidad, y que lleva ya tanto tiempo dándome felicidad. Vivian, este trabajo es la celebración de tu encuentro afortunado. Tu imagen aparece velada detrás de estas páginas.

Introducción

Vincent Van Gogh, en una carta fechada a principios de agosto de 1888, se refiere a sus tristezas constantes, a sus sueños inconclusos y a los próximos planes de su vida como pintor. En esa carta, dirigida a su hermano Theo, Vincent, con su ojo atento, avizor, desentraña además la esencia de un espacio que luego será recreado en su pintura. Ya imagina, antes de elaborar el cuadro, en una especie de boceto mental, las características fundamentales de ese lugar que, en sus ojos, aparece tan atractivo:

Hoy, probablemente, voy a comenzar el interior de la fonda donde vivo, al anochecer, a la luz de gas. Es lo que se llama aquí un “café nocturno” [...] que permanecen abiertos toda la noche. Los “noctámbulos vagabundos” pueden, pues, encontrar un asilo cuando no tienen con qué pagarse un alojamiento o cuando están demasiado ebrios para ser admitidos. Todas estas cosas, familia, patria, son tal vez encantadoras en la imaginación de gente como nosotros, que nos pasamos bastante bien sin patria, sin familia, en cualquier realidad. Me parece siempre ser un viajero que va a alguna parte y a un destino [...].¹

Durante su estadía en la ciudad francesa de Arles, en los últimos meses del año citado, Van Gogh cimienta y consolida una de las empresas pictóricas más celebradas en la historia del arte. Así, por ejemplo, utilizando su talento magistral, emprende la labor de decir el café en unas pinceladas. Allí están los borrachos, las mujeres ocasionales, la mesa de billar, las copas y las botellas. Todo esto bajo una luz dudosa que nos desorienta, y unas paredes rojas que sugieren el delirio de un espacio infernal. Parece, simplemente, como si algo estuviera a punto de suceder.

Pues bien, aprovechando la pintura de Van Gogh, y guardando una evidente distancia, nosotros también queremos decir algo del café. Decirlo con nuestra herramienta, la historia, a la luz de nuestro modesto entendimiento. Decirlo en un

¹ Vincent Van Gogh, *Cartas a Theo* (Bogotá: Editorial Norma, 2008), p.246.

espacio y un tiempo específicos; con ciertas continuidades y rupturas cronológicas; con ciertos personajes que dibujan escenas concretas. Invitamos, pues, al lector, a que nos acompañe en las páginas que siguen, en nuestro intento de delinear una imagen de este espacio singular.

Una incógnita, debemos decir en primer lugar, rodea el destino de los cafés de Bogotá. Claramente definidos a principios del siglo XX, tales establecimientos agrupaban las incipientes tertulias literarias que empezaban a surgir en la ciudad. Los hombres salían de sus casas, en donde se realizaban los antiguos encuentros, y utilizaban los espacios públicos que ahora aparecen disponibles. Así, en la primera mitad del siglo, Bogotá, con su núcleo en la calle Real (actual carrera séptima entre calles 11 y 16), se consolida como una ciudad investida de innumerables cafés que marcan los ritmos de la cotidianidad.² Ese distintivo de la ciudad, tan recordado en la mente de nuestros abuelos, se pierde, sin embargo, en la segunda mitad de la centuria. La profusión de cafés, en efecto, no es la misma del pasado ¿Qué pasó?, parece ser la pregunta. Pues el “bogotazo”, dicen muchos autores, explica este cambio.³ La ciudad, de acuerdo con estos textos, se redefine luego de ese acontecimiento histórico, y los cambios se operan, sobretodo, sobre sus espacios públicos. Pero los hombres, creemos, a pesar de estas modificaciones, debieron continuar con sus reuniones urbanas, de una u otra manera. Así, ante esa hipótesis común que sugiere el papel definitivo del “bogotazo” en el itinerario cambiante de los cafés, nosotros nos preguntamos por los sobrevivientes. ¿Cómo construir referentes comunes, luego de este incidente, para orientar los nuevos encuentros? ¿Cómo renovar los vínculos en un contexto que parece adverso a las reuniones diarias? ¿Qué imágenes se perciben en las tertulias matutinas? ¿Dónde encontrarse? ¿Cómo encontrarse? ¿Y fue el “bogotazo”, en efecto, el hito definitivo que marcó el descenso posterior de los

² Véase, por ejemplo, la novela *El Crimen del siglo*, de Miguel Torres (Bogotá: Planeta, 2006); el artículo “Yo y el espectáculo”, de José Mar, en *El Gráfico* Vol. 15 No 710 (1924); la investigación de Brigitte König, *El café literario en Colombia: símbolo de la vanguardia en el siglo XX*, (Universidad de la Rioja. Biblioteca. OAI: DIALNET, 2002) <http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/23089/1/Articulo6-2.pdf> (Consultado: 15 de mayo de 2007); y nuestro artículo, “Clubes y cafés: espacios de transitoria intimidad”, próximo a publicarse en la obra *Historia de la vida privada en Colombia, Tomo 2*, Editorial Taurus.

³ Así, por ejemplo, en los textos de Leopoldo Vargas, “Bogotá: entre la bohemia y la longaniza”, *Topos* No 5 (1999): pp. 23-25; de Ana María Carreira, “FloreCIMIENTO y ocaso de los cafés en Bogotá”, *Revista La Tadeo* No 73 (2008): pp. 81-93; de Fernando Arbeláez, “El Asturias y el Automático”, en *Voces de Bohemia. Doce testimonios colombianos sobre una vida sin reglas*, ed. Hugo Sabogal (Bogotá: Editorial Norma, 1995), pp. 73-99; de Ricardo Rodríguez Morales, “Cafés y tertulias literarias”, en *Gran Enciclopedia de Colombia*, Vol. 5 (Bogotá: Círculo de Lectores, 1996).

cafés de Bogotá? Si no lo fue, o no lo fue del todo, ¿qué otros asuntos debemos tener en cuenta? Reconstruir una imagen de los cafés de la ciudad, luego del 9 de abril, y examinar los encuentros sociales y las características que los sustentaron durante las dos décadas siguientes, es el objetivo fundamental de este trabajo. Intentaremos reconstruir, en otras palabras, la historia de una sociabilidad.

Partimos de encuentros, entonces, de reuniones sociales, de intercambios, de interacciones. La sociabilidad es nuestro punto de mira. Y la sociabilidad, más que temas para la conversación, exige individuos, alteridades. “Ni el hambre o el amor, ni el trabajo o la religiosidad, ni la técnica o los resultados de la inteligencia significan ya por su sentido inmediato una socialización; más bien sólo la van formando al articular la yuxtaposición de individuos aislados en determinadas formas del ser con los otros y para los otros, que pertenecen al concepto general del efecto recíproco de la interacción”⁴. Los clientes, de esta manera, son los que hacen posible la existencia de los cafés. Estos clientes, para nuestro caso, interactuaban con los trabajadores y los dueños de los locales, y también, ocasionalmente, con los representantes de la ley. De estos intercambios o sociabilidades, en la época que nos concierne, se va configurando un perfil de los cafés de Bogotá y de sus habitantes.

Estas formas recíprocas de relación social, ahora bien, exigen, en principio, el cumplimiento de ciertas características para que tengan lugar. El café, nos dice Maurice Agulhon, es uno de los últimos eslabones en la cadena histórica de las sociabilidades. En su estudio sobre la Francia burguesa y sus modelos de reunión, el autor entiende que las asociaciones se erigen “como las reveladoras de la sociabilidad moderna, porque a través de ellas se impone la nueva forma, antitética con respecto al salón, del cambio social: a diferencia del Antiguo Régimen ésta será colectiva, igualitaria y pública”⁵. Público y privado, incluyente y excluyente, entre el consenso y el disenso constante, el café se erige, de acuerdo con sus sociabilidades, como un

⁴ Georg Simmel, “La sociabilidad (ejemplo de sociología pura o formal)”, en *Cuestiones fundamentales de Sociología* (Barcelona: Gedisa, 2002), p. 78.

⁵ Maurice Agulhon, *Il salotto, il circolo e il caffè. I luoghi della sociabilità nella Francia borghese (1810-1848)* La traducción es nuestra (Roma: Donzelli Editore, 1993), p. 9. Esto no quiere decir, sin embargo, que los atributos mencionados se cumplieran en todos los casos. El café, fundamentalmente, es un espacio ambiguo. Así, las sociabilidades pueden ser colectivas, pero esto no impide la aparición de hombres solitarios que nunca se integraron a la tertulia diaria. Pueden ser igualitarias, en términos masculinos, pero las mujeres estaban casi siempre excluidas de las reuniones. Algunas asociaciones, como las literarias, eran también eminentemente jerárquicas. Y pueden ser públicas, pues las puertas, aparentemente, estaban siempre abiertas para todos; pero esto no imposibilita cierto grado de intimidad en el interior del local. El dueño del café, a su vez, podía reservarse la entrada de cierto con-

espacio eminentemente cambiante. “La socialización”, dice Simmel, “*es la forma que se realiza de incontables maneras diferentes* en las que va creciendo la unión de los individuos en razón de aquellos intereses sensitivos o ideales, momentáneos o duraderos, conscientes o inconscientes, que empujan causalmente o arrastran teleológicamente y que se realizan dentro de esta unión”.⁶

Nosotros, es claro, adoptamos con flexibilidad esta categoría de sociabilidad. En nuestro intento de moldear y darle sentido a las reuniones del café bogotano, nos valemos de diferentes perspectivas o aproximaciones a este concepto.⁷ Partiendo de aquellos autores, o elaborando incluso nuevos enfoques de estudio en el campo de la sociabilidad, otros investigadores de diferentes latitudes han trabajado también el tema de los cafés y de sus asociaciones.⁸

La sociabilidad, en estos trabajos, aparece encuadrada en un espacio urbano específico, bien sea Buenos Aires, París o Palmira. Los autores comprenden la im-

tertulio indeseado. Agulhon no desconoce estos condicionantes, y los anota en el texto que citamos, así como en su *Historia Vagabunda* (México: Instituto Mora, 1994).

⁶ Simmel, op. cit., p. 79. La cursiva es nuestra.

⁷ Aproximaciones que van desde las teorías sociológicas de Simmel, ubicadas en un espacio conceptual general, hasta las conclusiones en los estudios de caso de Maurice Agulhon. Estudios situados geográficamente en la Francia Meridional, y concretados en una época específica (los siglos XVIII y XIX). Esto no quiere decir, sin embargo, que nuestras conclusiones o consideraciones sean simples extrapolaciones de las premisas de estos textos. Pues nuestra propia pesquisa, y nuestros propios condicionantes de tiempo y espacio, nos imponen una distancia necesaria.

⁸ Basándose en los textos de Agulhon, por ejemplo, la historiadora Sandra Gayol hace un fenomenal análisis de los cafés de Buenos Aires, en su libro *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y cafés. 1862-1910* (Buenos Aires: Ediciones del Signo, 2000). Robert Darnton, a su vez, desentraña las características fundadoras y “transgresoras” de los primeros cafés parisinos; características que riñen con las políticas del Antiguo Régimen (monárquico), en su texto “An Early Information Society News and the Media in Eighteenth-Century Paris” (Washington: The American Historical Review, 2000) <http://www.historycooperative.org/journals/ahr/105.1/ah000001.html>. En Colombia, también, varios autores han abordado la misma temática. Rescatamos dos de estos textos: Pablo Andrés Montoya, en su estudio sobre el café Palmira (café de la misma ciudad vallecaucana), trata el contexto social y económico que le dio vida a ese establecimiento, examinando las reuniones y las características de algunas prácticas, como el juego de billar, que sobrevivieron con los años. Y Claudia Marcela Orduz, en su historia urbana sobre los cafés de Armenia, estudia las transformaciones históricas de estos locales, y la práctica de las sociabilidades a través de la música o el juego. En Pablo Andrés Montoya Vidal, *El café Palmira: caracterización de un espacio de sociabilidad otoñal* (Santiago de Cali: Trabajo de grado para optar al Título de Sociólogo, Universidad del Valle, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, 2008); y Claudia Marcela Orduz Rojas, *Manchas y aromas de cafés: una aproximación a la historia urbana de Armenia 1935-1985* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Tesis de pregrado, Departamento de Historia, 2005).

portancia que tiene el espacio en el entretejimiento de las sociabilidades. Se trata de un escenario previo en el que se ponen en escena las relaciones sociales entre los hombres. Pero el espacio, además de ser un escenario o recipiente, es también un actor vivo en la construcción del conocimiento. Es un ente que muta, que cambia, de la mano de las asociaciones. Por eso, y teniendo en cuenta las características particulares que configuraron nuestro espacio luego del “bogotazo”, nosotros pretendemos estudiar ese escenario de acuerdo con su función pública, en tanto integrador de centros y periferias, y también en cuanto a sus usos particulares. Las sociabilidades, así, en el caso bogotano, adquieren un norte fundamental, un sustrato específico, que moldea nuestro estudio. El espacio deja su lugar como “telón de fondo”, usando la expresión de la historiadora Marta Herrera, y se convierte en “parte, y bien importante por cierto, del objeto mismo de la investigación”.⁹

La ciudad de Bogotá, diremos, es nuestro marco general de estudio.¹⁰ Pero es en el espacio público o espacio urbano en que se desenvuelven las características que definen a la urbe, con los ritmos y las relaciones que imponen, por ejemplo, sus lugares de reunión. “El espacio físico”, dice Germán Mejía, “en la medida en que es apropiado por el hombre y transformado en su beneficio, se torna en espacio histórico”.¹¹ Espacio histórico, dice Mejía, pues está sujeto a rupturas y continuidades en el tiempo de las sociedades; y espacio que influye, él mismo, en la aparición de estos hitos cronológicos. Así, en nuestro caso, partimos de un aparente momento de quiebre: el “bogotazo”, y nos internamos en las redefiniciones de lo público y lo privado, del espacio y de las sociabilidades, que se operaron durante los años siguientes. Las transformaciones en las formas de apropiación y uso de los espacios públicos, en otras palabras, generaron una nueva manera de articular las sociabilidades urbanas.¹²

⁹ Marta Herrera Ángel, “Historia y geografía, tiempo y espacio”, *Historia Crítica* No 27 (2004): p. 177.

¹⁰ Utilizamos, en este trabajo, algunos textos que se refieren a la historia de Bogotá, especialmente durante el siglo XX. Sobre todo el estudio de Fabio Zambrano Pantoja, *Historia de Bogotá. Siglo XX* (Bogotá: Villegas Editores, Alcaldía Mayor de Bogotá, 2007). También a Julián Vargas Lesmes, *Historia de Bogotá. Conquista y Colonia* (Bogotá: Villegas Editores, Alcaldía Mayor de Bogotá, 2007); a Carlos Martínez, *Santafé. Capital del Nuevo Reino de Granada* (Bogotá: Ediciones Proa, 1987); y a Luis Mauricio Cuervo, *Génesis histórica y constitución de Bogotá como ciudad moderna* (Bogotá: Universidad de los Andes, CIDER, 1995).

¹¹ Germán Rodrigo Mejía Pavony, *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá. 1820-1910* (Bogotá: CEJA, 2003), p. 15.

¹² Sobre la función pública de las sociabilidades, expresadas en un espacio determinado, véase François-

Las características básicas que definen a los cafés de Bogotá, entonces, se materializan en el espacio público. Cafés que se entienden, así, como una de las expresiones de la ciudad en movimiento. Sin este ámbito del espacio público resultaría impensable la existencia de la ciudad, pues es allí donde se tejen las complejas relaciones entre lo social y lo espacial que la dotan de sentido. Algunos términos, por ejemplo, como organización y orden, inherentes a la estructura de la urbe, sugieren la existencia de una jerarquía. El espacio, en efecto, no es un plano continuo de ámbitos sociales indiferenciados; es, por el contrario, un discontinuo que evidencia en su forma rupturas y fragmentos en el tiempo de las sociedades. Esa jerarquía, en el espacio público, se traduce, de esta manera, en la aparición de centros y periferias. “Las actividades, los flujos, las infraestructuras, la riqueza, e incluso los símbolos no se distribuyen uniformemente a lo largo del espacio natural sino que obedecen a los principios de la concentración”.¹³ Así, algunos espacios se erigen, en detrimento de otros, como líderes dominantes en el entramado urbano.

En nuestro caso, como lo analizaremos en el primer capítulo, las tiendas, las chicherías y los cafés entraron en un ciclo de reacomodamiento urbano después del “bogotazo”, en el que unos espacios persistían triunfantes mientras que otros resultaban abatidos hasta el final. Durante el cambio de década, en efecto, que tuvo lugar después del 9 de abril, nuevas políticas urbanas empezaron a modificar el ritmo de las sociabilidades (toques de queda, estados de sitio, prohibiciones, controles), y, en esta medida, alteraron física y moralmente los espacios de reunión.

En la prensa, ahora bien, se recogían y expresaban estas distintas tendencias. No solamente porque los periódicos publicaban las leyes o los decretos emitidos por los organismos de control, sino porque los cronistas mismos daban una imagen específica de la ciudad, no muy alentadora, durante esta época aciaga. *El Espectador*, fundamentalmente, reseñó con particular detalle los avatares del cambio de década. *El Semanario Sucesos* y el periódico *El Espacio*, posteriormente, examinaron las repercusiones que se vivieron durante los años 50 y 60. Repercusiones constatables en planos, tablas y fotografías que utilizamos con cierta frecuencia, y en las aerofotografías que sugieren los cambios a grande escala que se operaron sobre la ciudad. Y, finalmente, otros autores, como Herbert Braun, Fabio Zambrano y las

Xavier Guerra, Annick Lampérière et al., *Los espacios públicos en Iberoamérica* (Fondo de Cultura Económica, México, 1998).

¹³ Cuervo, op. cit., p. 10.

crónicas del periodista Felipe González Toledo, nos sirvieron para aterrizar y darle sentido a las leyes o prohibiciones mencionadas.¹⁴

El estudio de las sociabilidades, de esta manera, y desde nuestra perspectiva de estudio, se articula con el estudio de los espacios públicos. Se trata de dos conceptos indisolubles, pues interactúan entre sí conformando una manera de sentir y de habitar la ciudad. Esa interrelación expresaba y configuraba las jerarquías sociales, religiosas, políticas y económicas que tenían lugar en Bogotá durante esta época determinada. Los cafés resultaban una de las condiciones para que estas jerarquías tuvieran lugar; espacios que se convierten, así, en elementos que generan y proyectan tensiones y conflictos sobre los distintos ámbitos sociales. En los cafés, en otras palabras, se fijaban algunas de las relaciones sociales existentes; pero en los cafés también se reforzaban y se configuraban (se creaban). El espacio público, de esta manera, expresado en los cafés, no puede ser un simple recipiente, pues él mismo, decíamos anteriormente, es un actor vivo que influye en la construcción del entretejido social.¹⁵

El estudio del espacio público, entonces, puede ser abordado de múltiples maneras; desde la concepción o percepción que se tiene de él hasta el modo como se produce. A nosotros nos interesa, sin embargo, estudiar los usos que se han hecho de los cafés del centro de Bogotá. Nos centraremos, por tanto, en la manera como los usuarios resultan también productores colectivos de espacio, y no los destinatarios pasivos de formas ya hechas. El usuario es, en efecto, quien interpreta y utiliza la ciudad, llenando de significado los objetos y los espacios que lo circundan. Usuario que, en este orden de ideas, tampoco se debe entender como un recipiente, un molde, incapaz de juzgar o intervenir sobre lo construido. Así, por ejemplo, la construcción de nuevos cafés que contradigan el uso primero (el uso antiguo), conlleva, en la mayoría de los casos, una nueva interpretación y utilización de este

¹⁴ Herbert Braun, *Mataron a Gaitán* (Bogotá: Editorial Aguilar, 2008); Fabio Zambrano, *Historia de Bogotá. Siglo XX*. González Toledo era periodista de *El Espectador* y, como muchos de sus colegas, cliente asiduo de los cafés. Su voz, nos parece, siempre de primerísima mano, es una de las más autorizadas en cuanto a la ciudad y sus espacios de reunión se refiere.

¹⁵ “El ordenamiento del espacio”, dice Marta Herrera, “ocupa un papel central en la incorporación de las pautas culturales de una sociedad, entendidas éstas como las estructuras de significados a través de las cuales se interpretan los fenómenos de la vida cotidiana. El análisis de este problema permite apreciar cómo el ordenamiento que se hace del espacio no sólo refleja las estructuras de significado, sino que, a la vez, las inculca”; “inculca parámetros de clasificación, principios cosmológicos, valores sociales, jerarquías, criterios de identificación, el “deber ser” y las prohibiciones sociales”. Herrera Ángel, op. cit., pp. 179, 180.

espacio, lo cual se encuentra propiciado, a su vez, por los nuevos comportamientos y actitudes de los usuarios.

Durante la quinta y la sexta década del siglo XX, en Bogotá, los usuarios realizaron una especie de “reapropiación” de los espacios públicos. Los intelectuales se empezaron a encontrar en los cafés literarios; los políticos en los cafés de la política (o en las tertulias políticas); y los criminales en los cafetines del arrabal. Éstas son, creemos, las tres clases de sociabilidades que permanecieron de forma más nítida en el tiempo de la ciudad, como un producto (o resultado) de los avatares que se vivieron durante el cambio de década que mencionamos anteriormente. Examinar estos tres tipos de asociaciones, ahora bien, es nuestra labor en la segunda parte. Examinarlas a través de las obras literarias o artísticas que se planearon o ejecutaron en dichos espacios de sociabilidad; a través de los cambios en los regímenes políticos que determinaban nuevas formas de habitar el café; y a través de los sucesos criminales que atravesaron nuestro período, de principio a fin.¹⁶

Por encima de estas “sociabilidades criminales”, con las que finalizamos nuestro texto, se advierte, casi siempre, una noción común: el honor. Bajo dicha premisa se articularon las distintas motivaciones de los hombres; motivaciones que los llevaron a empuñar el arma o a invocar el duelo. “El honor”, de acuerdo con Sandra Gayol, “fue una noción globalizante, a menudo vaga, también demasiado concreta y que abrazó numerosas significaciones”.¹⁷ Globalizante, dice Gayol, pues estaba al alcance de todos los hombres.¹⁸ Una noción vaga, también, a la vez que concreta, pues no es exclusiva de un espacio particular, de una época determinada, de un

¹⁶ Así, aparte de la prensa anteriormente citada, nos servimos de algunas obras literarias que se refieren a estos espacios de reunión, como los poemas de León de Greiff, en su *Antología* (Bogotá: Biblioteca El Tiempo, 2003), la novela *Los parientes de Ester*, de Luis Fayad (Bogotá: Arango Editores, 2005), la novela *El Crimen del siglo*, de Miguel Torres. También utilizamos los trabajos del novelista e historiador Arturo Alape, como *El Bogotazo. Memorias del olvido* (Bogotá: Editorial Pluma, 1983), y *El cadáver insepulto* (Bogotá: Planeta, 2005). Se trata, pensamos, de diversificar las fuentes tradicionales que han tratado el tema de los cafés de Bogotá (fuentes tradicionales como la prensa o las entrevistas orales), llegando incluso a contemplar algunos de los cuadros elaborados por el pintor santandereano Saturnino Ramírez.

¹⁷ Sandra Gayol, *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y cafés. 1862-1910*, p. 248.

¹⁸ El honor, dice Julian Pitt Rivers, en uno de los trabajos pioneros sobre este concepto, es “una premisa común que encontramos en todas las sociedades de esa zona [se refiere a la zona Mediterránea] en lo referente a las relaciones entre poder, sexo y religión; jerarquía, endogamia y lo sagrado son los tres principios que agrupa el concepto de honor”. *Antropología del honor o política de los sexos* (Barcelona: Crítica-Grijalbo, 1979), p. 8.

grupo social específico, pero sí aparece constantemente como el primer argumento que se esgrime para invocar la virtud, la integridad y la honra. En nuestro caso, por ejemplo, el partidismo político o las pasiones deportivas, propias de un tiempo y un espacio específicos, recreaban nuevamente las disputas por honor, en un devenir cíclico del proceso.

Y, finalmente, el honor, de acuerdo con Gayol, es un concepto que abrazó numerosas significaciones.¹⁹ El honor, enmascarado detrás de la virilidad, de la masculinidad, de las jerarquías y de las relaciones entre géneros, se expresa como un bien inocultable que permanece en los espacios de sociabilidad bogotanos. Así, a las tertulias literarias o políticas, las más populares en la historiografía del café colombiano, le sumamos una suerte de tertulia inédita, con nuevos actores, nuevas sociabilidades y un nuevo uso del espacio. El honor, en este sentido, es para nosotros un puente que articula las readecuaciones en las estructuras urbanas, que examinamos en la primera parte, con las expresiones resultantes de sus sociabilidades, estudiadas en la segunda. Es un nuevo escenario, en otras palabras, que nos ayuda a entender las transformaciones que sufrieron estos espacios públicos en la historia de nuestra ciudad.

La palabra *café*, en conclusión, aparece siempre llena de ambigüedades. Se trata, en efecto, de un espacio que se mueve entre la inclusión y la exclusión, entre los hombres y las mujeres, entre las amistades y las disputas, entre el arte y el crimen. Un espacio, incluso, que, a la hora de nombrarlo, asume diferentes facetas.²⁰ Sin embargo, en la ciudad de Bogotá, a mediados del siglo XX, dos espacios eran

¹⁹ Se trata, nos dice Pablo Rodríguez, de “un valor cultural que nos permite apreciar... en forma clara las relaciones entre género, raza y clase... el honor familiar estaba comprometido también en la fidelidad de las esposas”; a su vez, “los difusos límites entre lo privado y lo público... intervenían a favor de un orden que colocaba en su centro la defensa del honor, de un honor patriarcal”. Múltiples componentes, como vemos, englobaban y le daban sentido a este concepto. En “Hablando del honor: ¿Dónde estaba el de las mujeres coloniales?”, en *En busca de lo cotidiano. Honor, sexo, fiesta y sociedad. SXVII-XIX* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002), pp. 188, 189, 194.

²⁰ El *café nocturno* de Van Gogh, que mencionamos al principio de estas páginas, es también, en palabras del pintor, una fonda. En nuestra pesquisa, a su vez, no encontramos siempre la palabra *café* para referirse a estos despachos urbanos en los que se vendían bebidas y alimentos. Los *café*s, muchas veces, y en un mismo artículo, eran también bares, tiendas o cantinas, en una profusión de designaciones diferentes. Sandra Gayol, en su estudio sobre los *café*s de Buenos Aires, entiende que “esta contaminación semántica”, que ella también percibe, “respondía a la realidad de los locales en la medida que los servicios múltiples y las posibilidades diversas era común a todos ellos. Más que remitir a realidades diferentes, son distintas denominaciones que se empleaban para aludir a locales similares” (op. cit., p. 13). Se trata, entonces, de palabras sinónimas, que aluden a establecimientos parecidos.

bastante diferentes, a pesar de tener incluso la misma raíz lingüística en su denominación. El café burgués, en efecto, no era lo mismo, aparentemente, que el cafetín arrabalero. Se trataba de dos lugares que apelaban a distintos usos y usuarios, y que se encontraban ubicados en lugares distantes. Si al primero, el burgués o clásico, lo visitaban poetas o políticos, al segundo acudían limpiabotas y prostitutas; si el primero asumía funciones “literarias”, en el segundo tenían lugar escenas criminales; si los alrededores de la actual carrera séptima servían de base del café burgués, las cuadras del “turbulento” barrio de San Victorino eran el núcleo de los pequeños cafetines. Si el primero, en suma, era visto como una especie de prolongación del café francés, el segundo era siempre el de los “bajos fondos”.

Estas dos realidades, así, no impedían que, ocasionalmente, las funciones y los clientes se mezclaran, pues en esencia se trataba de espacios diseñados para el ocio y el relajamiento de los hombres; lugares de encuentro en donde se intercambiaban experiencias.²¹ Entre el cafetín y el café mediaba cierta distancia, resulta imposible negarlo; sin embargo, esa distancia se evapora cuando pensamos en las características intrínsecas de estos espacios de reunión. A la hora de definir nuestro objeto de estudio (¿qué es el café?), nosotros entendemos que, en todos los casos, teniendo en cuenta esas diferentes denominaciones, se trataba siempre de *espacios de uso público*, en donde tenían lugar *sociabilidades*, que podían terminar en conflictos por *honor*. Éste es, en otras palabras, el itinerario que planteamos en las presentes páginas.

²¹ Gayol, op. cit., pp. 12, 13.

Esta obra se propone una revisión histórica del itinerario que siguieron los cafés de Bogotá, en el período comprendido entre 1948 y 1968. Este análisis, desde las sociabilidades, el espacio público y el honor, intenta recuperar la memoria de uno de los espacios emblemáticos de la ciudad, rastreando sus movimientos en el entramado urbano. En especial, busca resolver el principal interrogante que, con el tiempo, se ha tejido alrededor de estos lugares: ¿porqué se acabaron o extinguieron? ¿Qué pasó con los cafés de Bogotá luego del 9 de abril de 1948? Más allá de



la violencia, tantas veces mencionada, este texto se detiene en otras causas que motivaron la redefinición de estos espacios en el entramado público. Así, los avatares económicos, culturales o políticos, juegan un rol trascendental en esa especie de reapropiación urbana. Los cafés, en suma, aparecen como lugares definitivos en la historia política y literaria de nuestra ciudad y de sus espacios públicos; lugares trascendentales, pues con su recorrido nos ayudan a entender mejor las contradicciones y los vaivenes que golpearon a Bogotá en los años que siguieron al 9 de abril.

